

tructivos, procedimientos y determinaciones relacionadas con geodesia, astronomía y gravedad, así como historia de la cartografía en México.

También dictó varias conferencias en cuatro congresos nacionales de geografía, ciencias sociales y matemáticas y en cinco asambleas de matemáticas en el interior del país.

\* Se agradece la valiosa información proporcionada por el ingeniero Enrique Toscano y el geógrafo Ricardo García Toscano, hijo y nieto, respectivamente, de nuestro homenajeado.



Manuel Toussaint.

## Manuel Toussaint

*Beatriz de la Fuente*

Los estudios sobre arte virreinal tienen origen, crecen, y se diversifican, gracias a las eruditas investigaciones de Manuel Toussaint (1890-1955). Él es, sin duda, el primer, y el más completo especialista en el arte fabricado durante los siglos de la colonia española.

Tres fueron, me parece, sus labores radicales: investigar, explorando personalmente los hechos artísticos que eran de su interés primordial; enseñar su conocimiento y reconocimiento a los alumnos e interesados —que le habrían de suceder en sus afanes—, y defender el patrimonio artístico colonial que le era tanpreciado.

Don Manuel Toussaint fue excelente expositor y conferenciante; de ello dan cuenta los que fueron discípulos avanzados, ahora ilustres profesores de la Facultad de Filosofía y Letras.

Fundó el Instituto de Investigaciones Estéticas, y fue su primer director a lo largo de veinte años (1935-1955); creó la cátedra de Arte colonial en la Facultad de Filosofía y Letras, y con ello cumplió con dos de sus metas de vida primordiales. La tercera se dio en la lucha cotidiana, al dar a conocer —manera sustancial de preservar—, y al dar cuenta de la importancia de nuestro arte colonial que, en palabras de otra figura señera que dio cuenta de ese pasado virreinal, el maestro Francisco de la Maza, “ha venido a mostrarnos una de nuestras facetas más importantes y entrañables, por su equilibrio ante sus dos orígenes inmediatos: el arte español y el arte indígena”.

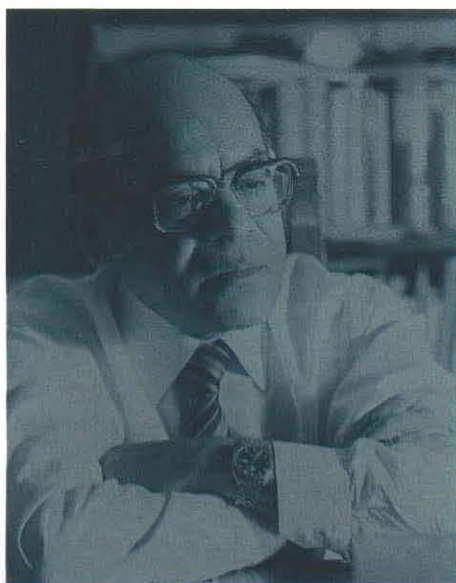
Manuel Toussaint fue escritor y maestro, fecundo y variado. Así, se le recuerda como poeta y literato, crítico e historiador —de hechos artísticos, de poesía, de filosofía del arte— y también fue el primer “investi-

gador viajero”; con ello destaco su enorme voluntad por redescubrir un viejo monasterio o una olvidada iglesia renacentista o barroca.

De sus primeros trabajos sobresale su participación en la magna obra *Iglesias de México*, publicación de la Secretaría de Hacienda, en donde también vio la luz su *Arquitectura del siglo XVI*, y lo que se podría llamar su primera versión de *La Catedral de México*. Para 1920 publicó su libro *Saturnino Herrán y su obra*; personaje de íntima amistad a cuyo pincel se debe un espléndido retrato del maestro Toussaint.

En 1936 funda el Instituto de Investigaciones Estéticas y su renombrada revista *Anales*, en la cual colaboró de manera constante. Su obra pionera como una totalidad de aproximación metodológica para la historia del arte mexicano fue *Paseos coloniales*; poco después, en 1942, publica la monografía *Pátzcuaro* y más adelante *Arte mudéjar de América*.

En 1948 ven la luz sus dos obras fundamentales: *La Catedral de México y el sagrario metropolitano. Su Historia, su tesoro, su arte*, dedicado al estudio, parte por parte, del templo máximo de América y, el *Arte colonial de México*, que de suyo bastaría para dar a Manuel Toussaint la máxima categoría como historiador del arte colonial de México.



Wonfilio Trejo, 1987.

## Wonfilio Trejo: la discusión filosófica como pasión

*Myriam Rudoy*

La memoria puede ser fuente de placer y dolor, por ello tiene que ser selectiva. A diferencia de Funes, el memorioso, el agobiante personaje del cuento de Borges, no recordamos todo, lo que formamos es una figura que se construye a partir de un mosaico de recuerdos y eso es lo que a mí me pasa cuando trato de rememorar al maestro Wonfilio Trejo.

Lo primero que me viene a la cabeza es una tarde lluviosa, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; estoy en uno de los salones grandes con el amplio ventanal que da hacia los jardines centrales. Al frente, sentado en un escritorio un escalón superior a donde estoy sentada, Wonfilio Trejo, que es mi profesor de Teoría del conocimiento, está debatiendo el problema de la verdad. Con su tono pausado y suave, siento que habla sólo para mí. En lugar de mirarnos, Trejo tiene la vista fija en un punto lejano situado más allá de la ventana, y como si desde allí nos fuera descifrando un complicado jeroglífico, va explicando el concepto. De cuando en cuando regresa y nos observa, parece